

Won-Tolla

1

NARRACIONES ESCULTAS



NARRACIONES ESCULTAS

Won-Tolla
(Augusta Orozco Matus de Tulpin)

Narraciones escultas



Primera edición digital, Biblioteca 95 años de Escultismo en México

Rumbo al Centenario: 2021

Segunda edición digital: 2024

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso

Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna

Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,

C.P. 06700, Ciudad de México

Tel. (+52) 55 5208 7122

www.scouts.org.mx

oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidenta Nacional

Leticia González Puente

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa de Jóvenes

Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada: Berenice Luna Gómez

Ilustración de portada y viñetas de interiores tomadas de *La selva de las tinieblas* y *Cinco días perdidos bajo tierra*, Editorial Escultismo, 1947.

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A. C.

Llamada de reunión

Won-Tolla —el “Lobo Solitario”, personaje de El libro de las Tierras Vírgenes, de Kipling—, fue el sobrenombre scout de Augusta Orozco Matus de Tulpin (1916-¿?), autora de La selva de las tinieblas, Cinco días perdidos bajo tierra y Tamoachán, novelas publicadas originalmente por entregas en las páginas de la revista Escultismo, donde también colaboró con otros relatos durante los años treinta y cuarenta del siglo anterior. Su identidad permanecería resguardada al grueso de sus lectores, hasta que la Asociación de Scouts de México reeditara algunas de sus obras a principios de la última década del siglo anterior, otorgándole a su vez un reconocimiento por su labor literaria; para entonces, ella radicaba en la ciudad de Mc Allen, Texas.

Los cuentos aquí reunidos aparecieron originalmente en las páginas de la revista Escultismo. “Una araña exploradora” y “Aventura de un lobato” fueron después recopilados en un volumen que también incluye la novela La selva de las tinieblas, mientras que “Una llamada en la noche” y “Entre la tempestad” se incorporaron a otro, con la novela Cinco días perdidos bajo tierra, ambos publicados por la Editorial Escultismo, en 1947.

ARTURO REYES FRAGOSO,
autor de *Cuentos de una noche de campamento*,
Ciudad de México, verano 2021

Un lobo solitario*

Siendo muy niña mis papás decidieron llevarnos, a mí y a mis hermanos, a los Estados Unidos para aprender inglés y otro modo de vida. Decidieron que hiciéramos el viaje en automóvil, pero como en México no había carreteras allá, por 1927, subieron el carro junto con unos muebles a un ferrocarril con destino a El Paso. Ahí, papá y mamá desempacaron el carro y continuaron el viaje por carretera, ella manejando y él leyendo el mapa; así llegamos a Los Ángeles, California. Fue un viaje de aventura.

En Los Ángeles, mis padres nos dejaron con mi abuelita Maye; el lugar donde vivíamos lo conformaban varias casitas con jardín en medio. Ahí conocimos a la familia Prieto: Lolita, la mamá, era agradabilísima e hizo una gran amistad con mi abuelita Maye; el hijo mayor, Rafael, *Águila Prieta*, pronto se hizo el jefe de juegos de la chiquillería. Los domingos nos llevaba al cine, que costaba diez centavos; primero, Rafael le preguntaba a mi abuelita si ya le habíamos escrito a mis papás, y luego colectaba los treinta centavos para llevarnos al cine. A la hora de entrar, hacíamos escondidizo alguno de los chicos, ya fuera Jaime o Víctor, y con el dinero de esa entrada ya teníamos para comer palomitas durante la película, que eran de las primeras de Tarzán.

Yo tenía que lavar los trastes de la comida, pues mi abuelita estaba muy mala y mi hermana Alicia, entre más lejos de la cocina mejor, pero empecé a invitar a Lola, la hermana de Rafael, y a otras muchachas de mi edad a la cocina

* Prólogo de *Tamoachán*, Asociación de Scouts de México, 1993, retomado para *Pañoletas y Silbatos*, antología publicada por la propia Asociación para conmemorar los 90 años del reconocimiento mundial del escultismo mexicano.

para que me ayudaran, y les contaba cuentos; ya desde antes, mi abuelita nos contaba cuentos de cuando ella era joven, lo mismo hacía mi mamá. Mi papá nos enseñaba los cuentos bonitos que venían en el periódico *El Universal*. Recuerdo que Rafael llegaba a la cocina a indagar qué estábamos haciendo, ¡y descubrí que le gustaban mis cuentos!

Fue años después y ya todos de regreso en México, que sacaron lo de los scouts. Fueron Rafael Prieto Aguilera y Francisco Macías Valadés, que se habían encontrado en la escuela, los que invitaron a Jaime. Mi hermano encantado de salir al campo, y desde la víspera me pedía que le hiciera sus tortas; eran famosas las tortas de Orozco, y se las rifaban en los campamentos. Jaime siempre se las ofrecía a los maestros, y así mi hermano obtenía varias prerrogativas...

Y el movimiento scout seguía. Yo como mujer no podía estar con ellos, pero tenía a mi hermano Jaime que me contaba todo. Un buen día Rafael y Francisco se presentaron a la casa, ¡y me pidieron que les escribiera cuentos para los scouts! En esa época, todos los jóvenes escuchábamos por la radio la maravillosa voz del Tío Polito contar la historia de Mowgli, y fue en el libro de Rudyard Kipling donde encontré el seudónimo de *Won-Tolla*. Y así me puse porque, no siendo de los scouts, pero estando con ellos por mi hermano Jaime, me convertía en un *lobo solitario*, y yo encantada de que los scouts no supieran que era una muchacha. Las fechas de cuando escribí las novelas para los libretos de *Escultismo*, el *magazine* de los scouts, son por los años de 1944, 1945... y por ahí vamos, ya algunos años.

Ya para esas fechas había entregado varios cuentos chicos; cuando murió mi papá, mamá se dedicó a llevarnos en el carro a las grutas de Cacahuamilpa; ahí escuché varios relatos, los cuales junté en uno solo para escribir *Cinco días perdidos bajo tierra*. Agustín Lemus Talavera se encargó del enorme trabajo de arreglar y corregir el texto (lo mismo había hecho con *La selva de las tinieblas*). Francisco Macías Valadés también

puso mucho de su parte para que yo escribiera, tanto así que tramitó los derechos de autor y se encargó de publicar las novelas, y luego ayudó a que me dieran la medalla al Mérito, en el año de 1947, ¡creo que ellos mismos se la dieron!

Cuernavaca era el lugar de paseo preferido de mi papá, pues había nacido ahí, y nos contó muchas historias, entre ellas la de *Tamoachán*, pues había en la sacristía de la Catedral un cuadro representando un jeroglífico indio, que decía Tamoachán: no era azteca, era de Tamoachán. Fue mi papá el que nos dijo de una gran nación india en el valle de Cuernavaca. Con mi mamá subimos al cerro del Tepozteco, y ella nos hizo ver qué hermosa ciudad era la que estaba cubierta con granito y lodo.

Hoy en día, hasta hace poco tenía una casa de dos pisos, y mi carro, un Buick blanco, nuevecito. Con él viajaba mucho; mi esposo hacía los mapas a seguir, con horas, *stops* y todo, y yo encantada manejaba, siguiéndolo al pie de la letra. Nunca nos pasó nada. Mi carro no tenía ni un raspón en dos años de traerlo por todas partes. Yo soy una viejita de setenta y cinco años que tiene un marido que me quiere con toda su alma, y ya es algo decir que casi cien años de un hombre me han rodeado de su cariño (¡sí, casi cien!) Si el Señor le da vida, los cumplirá al final de este año. ¡Dios sea bendito!

Lástima que no pueda decirles mucho de los scouts, pero yo era un *lobo solitario* en la organización, un imaginario scout del que sólo sus escritos andaban por la oficina.

AUGUSTA OROZCO MATUS DE TULPIN,
Mc Allen, Texas, 2 de enero de 1991



Firma scout de Won-Tolla.

Una araña exploradora

Era una araña de puerta, sí, de puerta; chiquita, color ceniza y regordeta, una insignificancia. Vieja se había hecho viviendo en la rendija de la ventana del cuarto de Fernandito. Así le llamaba ella y toda la familia del muchacho. Lo quería bastante porque él no le hacía daño ni dejaba que se lo hicieran.

Todas las noches, Fernandito sentado en una silla junto a la mesa, hacía ruido con unos papeles, ella sabía ya los nombres de todo lo del cuarto, para eso era bastante vieja, y entonces era cuando su amistad se había formado.

Pacientemente ella lo observaba hasta que él se paraba y le echaba una mosca en su telaraña, o cualquier otro animalito, que empezaba a ser el sostén de su vejez, pues su agilidad empezaba a disminuir y sus temores de ser víctima de algún feroz alacrán, se aumentaban.

¿No era pues natural, que todo su cariño araño se concentrara en Fernandito?

Pero últimamente algo empezaba a inquietarla, Fernando ya no le prestaba atención como antes; ahora, antes de darle de comer, se acercaba a una silla que tenía una gran bolsa y en ella metía y sacaba sus manos con muchas cosas.

¿Qué era eso?

La última noche en que tomó su decisión de ir a cerciorarse qué era lo que a Fernandito inquietaba, fue cuando más lo vio junto a esa bolsa y le metió muchas cosas. No durmió esa noche, y apenas empezó a ver la claridad de la aurora, llena de valor se tiró de su cama colgada en la hendidura de la puerta de la ventana, a la silla que estaba junto a ésta y era donde estaba aquella rival de su afecto.

Bajando por su baba llegó felizmente sobre aquella bolsa y replegándose, lista para la defensa en caso de ataque,

entró decidida en aquel enorme agujero por donde Fernandito metía las manos. ¡Pero si apenas se podía entrar! ¡Qué de bultos! Poco a poquito fue observando con detenimiento, y con sorpresa suya reconoció en aquellos bultos las cosas que Fernandito tenía en su buró. Una lámpara, libritos, jabón, toalla y hasta el plato en que sacaba agua para que se helase en los días fríos. ¿Y era eso lo que lo entretenía? ¿Y para qué lo cambiaba de lugar?

La araña no podía comprender la causa, y al estar pensando sintió un gran movimiento. Todos los bultos se movieron y amenazaron aplastarla, espantada ante aquella catástrofe, se refugió dentro de una taza y ahí esperó que cesase el movimiento.

Fue inútil; no cesaba. Asomándose desde su refugio, logró ver un rayo de luz que penetraba por el agujero por el que había entrado.

Pasó mucho tiempo para que se hiciera el ánimo en medio de aquel movimiento constante, y se encaminara al agujero y espicara con precaución para ver lo que pasaba.

La bolsa ya no estaba en la silla, ni en el cuarto. Iban caminando. Afligida de no verse en su casa, salió totalmente de la bolsa y corrió de un lado a otro para ver si podía bajarse. Era imposible. Alzó su vista buscando su puerta y sólo encontró el cielo; pero del otro lado... Su aflicción se disipó; no lejos de ella estaba la cabeza de Fernandito.

Él era el causante de aquel movimiento. Ahora comprendió todo. Fernandito llevaba cargando la bolsa y caminando por el campo con otros muchachos.

La araña saltó a las espaldas del muchacho y con gran alegría subió hasta su hombro, encontrando ahí, debajo de la charretera un sitio agradabilísimo para ver el paisaje e ir junto a la cara de su amigo, y sobre todo lejos de aquella incómoda bolsa.

Fue una dura prueba para ella. A Fernandito ocurriósele prender lumbre; ¡pero qué niño! ¿No comprendía que casi la

ahogaba con el humo? ¿Y esos movimientos tan bruscos, que por nada se cae en la olla que estaba en el fuego?

Pero todo, todo lo pasaba porque Fernandito lo hacía, y sólo procuraba cogerse lo más fuerte que podía.

Llegó la tarde, y la araña volvió a ver la bolsa en la espalda del muchacho; quiso cerciorarse si traía todavía aquellas cosas y se asomó por el agujero.

Espantada, casi voló al hombro del muchacho; ¡pero qué Fernandito! ¿Qué no comprendía el peligro que corría ella? ¡Ocurrírsele llevar en una caja de vidrio chapulines, mariposas, escarabajos y otras alimañas! Llena de miedo se refugió en su escondite y cansada de tantas fatigas empezó a dormir; pero de pronto le asaltó una duda. La bolsa debía pesar bastante y Fernandito estaría cansado de cargarla. Ya empezaba a obscurecer y hacía aire; pero desafiando todo, la araña bajó por la espalda del muchacho y llegando a la bolsa, con sus patas traseras se cogió de la blusa del jovencito y con las de adelante agarró la bolsa.

Así fue como llegó de nuevo al cuarto de Fernandito, ayudándolo a cargar esa pesada bolsa. Llena de polvo, sacudiendo sus patas entumidas por el esfuerzo, subió poco a poquito a su casa.

Descansando de todas las fatigas que había pasado, pensaba, muy satisfecha a sus años era ya una “araña exploradora”.



Aventura de un lobato

Poco a poco la neblina de la noche fue ocultando el lago, las aguas ondeaban levemente acariciadas por el viento del oriente, y a veces, eran interrumpidas por las azules alas de las golondrinas que pasaban juguetonas, frente a los graves y lentos patos que buscaban sus nidos para dormir.

Cerca de la orilla, medio cubierta por la maleza, una tienda de campaña apenas dejaba ver su silueta. Unas sombras se movían junto a la tienda y al fin, una llama brotó inundando de luz un corto espacio. Era un indio, fuerte, tez bronceada y cara simpática, guía de los cazadores acampados; la otra sombra era de un niño, tendría nueve años, hijo de uno de los cazadores y que alegando ser lobato y conocer muchas cosas útiles en el campo, consiguió que su padre lo llevara a la cacería.

El niño estaba triste, movía con lentitud los leños para atizar la hoguera y alzaba su cabeza de vez en cuando en dirección por donde habrían de llegar su padre y los otros cazadores. Él hubiera querido presenciar la cacería, pero su padre dijo que era peligroso y... la obediencia es una de las más importantes leyes de un Lobato; además, había dicho el señor Mendoza, uno de los cazadores, que su corta edad podría ser causa de alguna imprudencia y espantar la caza... ¡Oh!, como si no supiera que Akela, su jefe, lo había enseñado a todo; a caminar quedito, a estarse callado y sin moverse, a...

Pero, ya volvían, se oían los pasos a través de la maleza. El niño corrió al encuentro y notó que no traían ninguna pieza cobrada; se abrazó a la mano de su padre. Venían cansados; el señor Mendoza se había caído y estaba algo herido.

Se sentaron alrededor de la hoguera; su padre pidió agua para curar al señor Mendoza, pero el depósito estaba

vacío, un pequeño agujero casi invisible lo había vaciado. El guía buscó el cubo para ir al ojo de agua, que brotaba a corta distancia; cuando el niño notó que su padre lo miraba a él, con sus grandes ojos, entendió lo que le quería decir, y quitándole el cubo al guía dijo:

—Yo voy papá, sé el camino muy bien.

—Bueno, no te tardes, se necesita pronto el agua para ponerla a hervir...

El niño salió corriendo y hasta cantaba en voz queda, su corazón saltaba de gusto, su padre quería probar si no tenía miedo de ir solito por el camino del ojo de agua. La luna creciente iluminaba el sendero, no era la primera vez que acarreamos agua, ya le había ayudado al guía en todo el trabajo del campamento. Llegó al manantial y se apresuró a llenar el cubo, pero notando que estaba algo sucio y recordando que era agua para lavar una herida, se puso a lavarlo con cuidado.

¡De pronto, un rugido! ¿Se engañaba? ¡No! Y era cercano. ¿Correr? ¡Ya no! Se oía el crujir de los tules al paso del animal. Se pegó a un árbol para confundirse entre su sombra. Instantes después, al otro lado del manantial, frente a él, apareció un tigrillo.

El niño sintió un frío tremendo; las piernas y los brazos le cosquilleaban como si se le adormeciesen. Pero en medio de aquel miedo, pensó que gritar sería inútil, pues el tigrillo lo encontraría más pronto; tal vez si no se movía, podía salvarse pues no lo vería el animal.

La fiera movía su larga cola y azotaba las hierbas; sus ojos fosforescentes se movían en todas direcciones. El niño por instinto, y sin ruido, logró parapetarse detrás del árbol y espiaba a la fiera.

La respiración del tigrillo era fuerte, tal vez había corrido; se veía el continuo movimiento de la piel cerca de las costillas; los músculos de las patas se movían con lentitud. Se acercó al manantial, y después de oler él agua y mojar sus bigotes, empezó a beber con lentas lengüetadas.

El lobato espantado, casi contaba el ruido del agua y los sordos gruñidos de satisfacción del felino. La angustia empezaba a apoderarse de él; ¿lograría la fiera verlo? Todo dependía de que se estuviera quieto, tenía que hacerlo para salvar su vida, ¡era lobato! Pero los instantes parecían siglos, el corazón le latía fuertemente; le dolía la cabeza y sin saber cómo, un suspiro se escapó de sus labios.

El tigrillo levantó la cabeza, sus ojos fosforescentes se pasearon inquietos; quizá su olfato lo había ya encontrado, porque mirando unas piedras frente a él, empezó a tantear para ver si sostenían su peso y saltó sobre ellas. El niño apretó fuertemente el asa del cubo, ¡había sido descubierto! ¿Qué hacer? Tenía la frente bañada en sudor, pero sus labios seguían bien apretados; sólo su pensamiento pudo decir: ¡San Francisco de Asís, ayúdame... !

Unos gritos de hombre turbaron aquella muda y terrible escena. Era la voz del padre, el niño la reconoció, pero no contestó. El animal con las orejas hacia atrás presentía el peligro, pero vacilaba al ver su presa a unos cuantos metros. Las voces se oyeron más cerca y el felino saltó a la orilla deseada queriendo arrojar sobre el muchacho; un círculo luminoso llegó al manantial y dos disparos sonaron.

La fiera viéndose atacada, desapareció entre los juncos y los cazadores corrieron hacia el niño. El padre lo cogió entre sus brazos apretándolo contra el pecho, y le dijo cariñosamente:

—Pero hijo, ¿por qué no nos llamabas?

—Papá, me hubiera comido antes de que llegasen.

—¿Y qué hiciste? —preguntó uno de los cazadores.

—Me quedé quieto, como cuando jugamos con Akela.

—Pocos niños hubieran hecho eso, te felicito —dijo otro.

—Te diré —explicó el padre—, mi hijo es lobato y ahora se ha portado muy valiente.

El muchacho se abrazó al cuello de su padre, besándolo con agradecimiento; él había dicho que era valiente y les decía a sus amigos que era lobato. Eso era un orgullo. Akela le estrecharía la mano diciéndole que un lobato es un hombre en pequeño, y que él había hecho honor a su manada.



Una llamada en la noche

Cansados del trabajo del día, Roberto y Víctor se sentaron junto a la mesa, en que con más o menos orden estaba la cena.

Satisfechos de sus tres días de descanso en el campo, en la cabañita que habían construido, no lejos de un pueblecillo vecino, querían solemnizar la última noche. El fuego prendido en la chimenea hacía agradable la temperatura del cuarto, y los dos jóvenes charlaban alegremente y se felicitaban por no tener ya que salir durante la noche que era fríisima.

—¿Tienes mantequilla? —preguntaba Roberto, abriendo su pan.

—Sí, tómala, ¿vas a tomar el café o no? —respondió Víctor.

—Sí, hombre, ¿o has hecho otra cosa?

—¡Qué voy a hacer si ya nos acabamos el chocolate y éste es el último café!

—¿Y para mañana? —preguntó alarmado Roberto.

—Desayunaremos en el pueblo, aunque a ti...

Víctor se calló súbitamente, Roberto dejó su pan en el plato y preguntó.

—¿Qué fue?

—Un silbato —respondió Víctor, haciendo la seña que se callara.

—¿Estás seguro?

—Calla, a ver si lo oímos otra vez.

Guardaron silencio los dos jóvenes oyéndose solamente el chisporroteo de la lumbre. Roberto iba a hablar cuando oyeron apenas perceptible el sonido producido por un silbato.

—Es verdad —dijo Roberto—, ¡pero viejo!, ¡qué oídos tienes!

—¡Tres seguidos!

—Pero ¿quién andará por aquí a estas horas?

—Son sin duda scouts, alguna patrulla que anda de excursión y tal vez se ha perdido.

Los dos jóvenes mientras hablaban, cogían rápidamente su linterna, sus silbatos y picas. Olvidando todo su confort, salían sin titubear a prestar auxilio, o a realizar una buena acción.

Un viento helado azotó sus caras y temblando de frío cerraron tras de sí la puerta. Víctor encendió su lámpara sorda y empezó a pasear la luz por todas partes, apagándola después de algunos segundos.

Claramente y en contestación oyeron el silbato en dirección de un barranco.

—Por allá están, vamos —señaló Roberto.

La noche estaba bastante obscura, pero conocedores del terreno rápidamente bajaron la barranca y la subieron del lado opuesto. Deteniéndose para tomar aliento, Roberto silbó para que oyeran y respondieran la señal.

Nadie contestó, todo estaba en calma y se escuchaba perfectamente el murmullo del bosque parecido al oleaje. Una lechuza asustada pasó rozando las cabezas de los muchachos, que se agacharon rápidamente espantándola.

—¿Pues qué pasa? —preguntó Víctor, volviendo a dirigir la luz de la lámpara por todas partes.

Instantes después, oían la llamada, pero más arriba, por el bosque. Los dos muchachos mirándose se encaminaron de nuevo, y Víctor volvió a silbar para ratificar la dirección. La respuesta fue igual a la anterior.

—De prisa —dijo Roberto.

Casi corriendo siguieron subiendo por el bosque, fatigados y sudorosos a pesar del frío no disminuyeron su esfuerzo, pero se detuvieron... La llamada se oía por abajo en la dirección de su casa.

—¿Qué? —exclamó Víctor, y proyectó la luz de su lámpara hacia la casita. La tranquilidad de la noche era profunda y nada extraño se ofrecía a sus ojos.

—Alumbra para la barranca —sugirió Roberto.

De aquella profundidad sólo vieron los altos zacatones que se mecían por el viento.

—Yo creo que regresamos a la casa, ¿verdad? —dijo Roberto—; tal vez ya van en dirección de ella.

—Regresemos —contestó Víctor, limpiándose un raspón en el brazo.

Cuando estaban en el fondo de la barranca, la llamada se volvió a escuchar y venía el sonido por la cañada haciéndolo más fuerte.

—Están en la barranca —dijo Víctor, alumbrando el pequeño riachuelo que corría por ella.

Sin decir nada, los dos se encaminaron por el riachuelo en la dirección del sonido, mojándose los pies y resbalando. Roberto volvió a llamar creyendo oír la contestación a varios metros; pero no hubo ninguna, repitió dos veces, sin obtener resultado. Entonces detuvo a Víctor, diciéndole:

—Esto es algo raro: llaman y no nos contestan, y no es nada ventajoso ir en el fondo de una barranca.

—¿Temes algo? —preguntó Víctor, tapando con la manó la lámpara.

—Aún no temo, pero sí sospecho que algo anormal pasa.

Y empezaron a subir con rumbo a la casita. Ambos iban preocupados. ¿Quién habría llamado y luego desaparecido?

Bastante cansados por la forzada carrera llegaban ya a cien pasos de la casita, cuando surgió entre la oscuridad la llamada con toda claridad en dirección al camino que conducía al pueblecillo.

—No contestes, deja ver si vuelven a repetir —dijo Roberto, deteniéndose y escuchando con mayor atención.

Una, dos, tres veces llamaron. El viento empezaba a ser más fuerte y más frío. Los arbustos se movían agitando sus ramas y todo parecía danzar alrededor de los muchachos. Víctor seguía buscando con su lámpara, cuando Roberto le dijo:

—Mira, quien llama debe ir rumbo al pueblo. No estamos lejos de la veredita que usamos nosotros, corre tan ligero como puedas por ella y regresa por el camino; yo iré por él y así entre los dos podremos cercar al que sea, y si no encuentras a nadie, hazme señales con la lámpara y yo te llamaré con el silbato en el mismo caso. Tenemos que saber qué pasa.

Los dos se separaron y Roberto encontrando el camino empezó a caminar con paso veloz, tratando de no hacer ningún ruido. La oscuridad era profunda pero el joven conocía el terreno. Disminuyó su paso al percibir un ruido confuso. Se detuvo para apreciar mejor el ruido y saber quién caminaba delante de él.

Una cabalgadura arrastrando algo era lo que iba adelante. Hecho a correr para encontrarla y pronto se reunió a un borriquillo que jalaba un haz de leña y llevaba por jinete un chiquillo no mayor de diez años.

—Buenas noches —dijo Roberto—. ¿Qué haces tan tarde por aquí?

—Nada, *siñor*, me tardé recogiendo la leña.

—¿No has visto algunos muchachos vestidos como yo?

—No, a *naiden*.

Roberto vio la luz de la lámpara y gritó:

—Acércate, Víctor, no es nadie.

Víctor se reunió al grupo y preguntó:

—Entonces, ¿quién fue?

—No comprendo, este muchacho dice que no se ha encontrado a nadie, ¿y desde dónde vienes? —preguntó Roberto al chiquillo.

—Del monte.

—¿Y no oíste nada?

—Solamente el eco, *siñor*.

—¿El eco?

—Sí, mire usted.

Y el chiquillo sacó debajo de su gabán un carricito y lo sopló con fuerza produciéndose exactamente el sonido de un silbato de metal, y continuó diciendo:

—Y allá, en el monte, el viento se lo llevaba, y luego el eco me contestaba, pero aquí ya no contesta, el eco se quedó en el monte.

—¡El eco!

Exclamaron los dos muchachos, soltando la carcajada a pesar de su cansancio, pero satisfechos en el fondo de haber cumplido con su deber.



Entre la tempestad

Con ligero apresuramiento, el joven limpiaba con la palma de su mano el vidrio empañado de la ventanilla, para poder ver la tenaz lluvia que empezara en la noche y aún no cesaba. Envuelto en su impermeable, dábase ánimos para bajar en la próxima estación.

Resuelto, encaminóse a la plataforma pensando que había sido una locura comprometerse con sus compañeros a que los alcanzaría en el campamento cuando terminara su trabajo. Ciertamente hubiera podido tomar el tren de las ocho de la noche, pero diluviaba de tal manera que decidió esperar el de las once, y aún así seguía lloviendo. Pero su palabra la tenía empeñada, por lo que con todo y aguaceros se metió en el tren.

La estación donde iba a bajar era la más cercana al lugar donde sus compañeros acampaban, y que a lo sumo tomaría dos horas de camino por entre un bosque y llanos que le eran familiares.

Abrió la portezuela del tren para bajarse; pero con sorpresa suya notó que el convoy no disminuía su velocidad, y que iba acercándose rápidamente a la estación. Jaló del cordón de la campanilla para avisar que bajaba, y el tren comenzó a disminuir su marcha. El conductor se acercó a él todo envuelto en un sarape, y le preguntó:

—¿Qué es usted el que está tocando?

—Sí, señor.

—¿Y para qué?

Antonio el joven explorador, sorprendiéndose de la pregunta, repuso con toda naturalidad.

—Pues, señor, porque voy a bajar en Las Moras.

—¿En Las Moras?!... Pues tendrá que bajarse andando; vale que el tren disminuye la velocidad en este tramo por el mal estado de la vía. Pero ya no hay parada en esta estación desierta y abandonada...

El joven no tuvo tiempo de responder; apareció de improviso el portal de la estación y como el tren caminaba efectivamente bastante despacio, saltó al andén, dejando atónito al viejo conductor.

Después de algunas zancadas en las que estuvo a punto de resbalar, logró Antonio detenerse afianzándose de un pilar del andén. El tren acabó de pasar, quedando todo en silencio en aquella soledad. El viajero paseó su mirada alrededor, la lluvia no tenía trazas de acabar nunca. Eran las cinco de la mañana y a la escasa luz de la aurora atenuada por el temporal, apenas se veía todo borroso.

Antonio, resignado a mojarse, se dispuso a partir, pero antes de salir del andén vio una puerta entornada, seguramente la oficina del ferrocarril, y se dirigió a ella en busca de informes. Empujó la puerta y entró. El cuarto estaba completamente desmantelado, sin piso y la única ventana abierta a la intemperie; las paredes cuarteadas, el techo goteando; todo, en fin, amenazando derrumbes. Apresuradamente salió de ahí, buscando ansiosamente a alguna persona, algún ser viviente, pero en vano, la soledad era completa.

Nuestro explorador resolvió emprender la caminata y orientándose, tomó el camino que le era bien conocido. La travesía por el bosque fue relativamente rápida. Los árboles resguardaban un poco de la lluvia, y la maleza de resbalones y caídas. El joven aspiraba con delicia el aroma penetrante de los pinos, mezclado con el aroma peculiar de la tierra mojada.

Salió del bosque y ante su vista se extendió la llanura, llanura desolada que el viento y la lluvia batían con fuerza. Instintivamente comprendió el peligro a que se exponía, pero el tiempo urgía y él tenía que reunirse con sus compa-

ñeros. Sus decisiones eran siempre firmes, y su valor y resolución lo habían llevado siempre al éxito, y así confiado en sí mismo emprendió la marcha difícil y arriesgada. Numerosas corrientes inundaban el suelo, impidiendo ver si era firme u ocultaba hoyos o zanjas, el viento helado azotábale la cara, cegándolo.

Aquella lucha tremenda contra los elementos desencadenados prolongóse por una hora, y el cansancio y la fatiga comenzaron a rendirlo. Empapado, helado, se detuvo por unos instantes, cuando oyó el tañido de una campana que llamaba a misa, en algún pueblo cercano. Como una esperanza, encaminó sus pasos hacia ese lugar, guiado por el sonido del bronce.

En aquellos momentos la tormenta arreció en forma alarmante, y apresurando el paso en un esfuerzo distinguió al fin las primeras casas del pueblo. La campana seguía tocando, pero su sonido se perdía por el viento y la lluvia.

Antonio además de cansado, sentía una sensación extraña conforme íbase acercando al lugar, titiritaba de frío, y los latidos de su corazón lo sacudían. Llegó al fin a la primera casa, pero estaba derruida y abandonada. Sin desanimarse siguió avanzando hacia el centro del poblado.

Al entrar a la primera calle se detuvo. Un rumor sordo e imponente, como el que produce una catarata o un torrente arrollador se dejó oír, a la vez que la esquila comenzó a doblar a muerto...

Antonio, sobrecogido de terror, sintiéndose desfallecer, apoyóse en una pared, tratando de poner en orden sus pensamientos, que también parecían abandonarlo. Vamos a ver. ¿Qué era lo que en realidad estaba pasando? ¿Dónde estaba?... Un grito de mujer, agudo, espantoso como un alarido lo sacó de su ensimismamiento, haciéndolo reaccionar. Alguien pedía ayuda, reclamaba auxilio. ¿Quién podría ser?, ¿dónde? Reanudó su marcha hacia donde oyó la voz y a aquél, siguieron otro y otro grito, acompañados de llantos

y gemidos, a la vez que el rumor del torrente crecía. Crecía ensordecedor, amenazante arrastrándolo todo en su vertiginosa carrera. Antonio, presa de terror, sintiendo crujir las paredes y oyendo el estrépito de los derrumbes y los gritos de las víctimas, a quienes ningún auxilio podía prestar, volvió para atrás en desenfundada carrera para ganar la loma que había dejado poco antes. Las terribles emociones y la fatiga consumaron su obra; cayó sin sentido al llegar a la cima. Y no supo más de sí, hundiéndose en negrísimo abismo. Cuando volvió en sí, paseó sus ojos asombrados por todo lo que le rodeaba; una confortable habitación, jóvenes que le sonreían, que le cuidaban con animosa solicitud, sus compañeros; en fin, que lo habían encontrado en la loma en aquel trance y terribles circunstancias.

Las primeras palabras que pudo articular fueron para decirles a sus compañeros que rodeaban su lecho:

—Vamos sin pérdida de tiempo al pueblo... ¡Qué horror, lo que he visto!

—Al pueblo... ¿Qué has visto?

—Al que está cerca de donde me recogieron... el torrente se desató... hay muchas víctimas... vamos sin pérdida de tiempo... reclaman nuestro auxilio... ¡vamos, muchachos!

—Pero explícate, hombre —dijo otro—; ¿a qué pueblo te estás refiriendo? A cuatro leguas a la redonda de donde estamos, no hay un solo poblado.

Antonio, incorporándose saltó de la cama, y puesto en pie, vio que todos le veían con extrañeza, estupefactos.

En esos momentos entraba otro de los exploradores acompañado de Pedro, el indio que les alquilaba los burros, y les servía en el campamento. Todos a una ocurrieron a su testimonio, Antonio el primero, interrogándole:

—Oye, Pedro, ¿cómo se llama el lugar donde me encontraron tirado?

—Pues, oiga, no tiene nombre, es la lomita...

—Pero sí, junto a la lomita, allá abajo, hay un pueblito, ¿verdad?, ¿no?... Pero si he estado en él, de él venía justamente... se ha inundado, oí los derrumbes, los gritos de las víctimas...

—¿Inundarse?... ¿inundarse por ahí? —repetía el indio mientras se rascaba la cabeza, cavilando... Y, de improvviso, encontrando lo que buscaba, se irguió en firme y santiguándose, dijo—: Ay, sí, niño, por Diosito Santo, tiene razón.... el Pueblo X se acabó, lo acabó la inundación...

—¿Lo ven, compañeros? Vamos sin pérdida de tiempo.

—Pero oiga, niño, es que la inundación no fue hoy, sino hace *munchos* años, *munchos*, *dende* que yo era chiquito... Mire, ipues lo espantaron! Fueron los *defuntos*... las almas en pena...

Y Antonio, el valiente explorador, dejóse caer en la cama, mientras se limpiaba el frío sudor que helaba su frente, y se estremecía al revivir en la memoria el recuerdo fresco aún de aquellos terribles y misteriosos momentos, vividos; más terribles aún que una horrible pesadilla.



Contenido

Llamada de reunión	5
<i>Arturo Reyes Fragoso</i>	
Un lobo solitario	7
<i>Augusta Orozco Matus de Tulpin</i>	
Una araña exploradora	11
Aventura de un lobato	15
Una llamada en la noche.....	19
Entre la tempestad	25

La presente obra se liberó en la red durante abril de 2024.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

PRIMERA TEMPORADA

1. **Narraciones escultas, Won-Tolla**
2. **Agrupaciones pioneras del escultismo mexicano,**
Arturo Reyes Fragoso (compilador)
3. **Más scouts para un mundo mejor,**
Antología de Fernando Soto-Hay y García
(selección de Arturo Reyes Fragoso)
4. **Los primeros años del Consejo Interamericano
de Escultismo,** Salvador Fernández Bertrán
5. **Documentos históricos de Adiestramiento,**
Thurman • Fernández Bertrán • Reyes Luján
6. **Rescate,** Alberto García Duarte
7. **Retratos con pañoleta. Galería de semblanzas,**
Arturo Reyes Fragoso
8. **Aquel curso donde llevaron la huella de B-P a Meztitla,**
Ignacio González Siller • Arturo Reyes Fragoso
9. **Zulúes, matabeles y bóers,** Arturo Reyes Fragoso
10. **Letras musicales scouts mexicanas. Antología histórica,**
José de Jesús Reyes Feist (selección)



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx